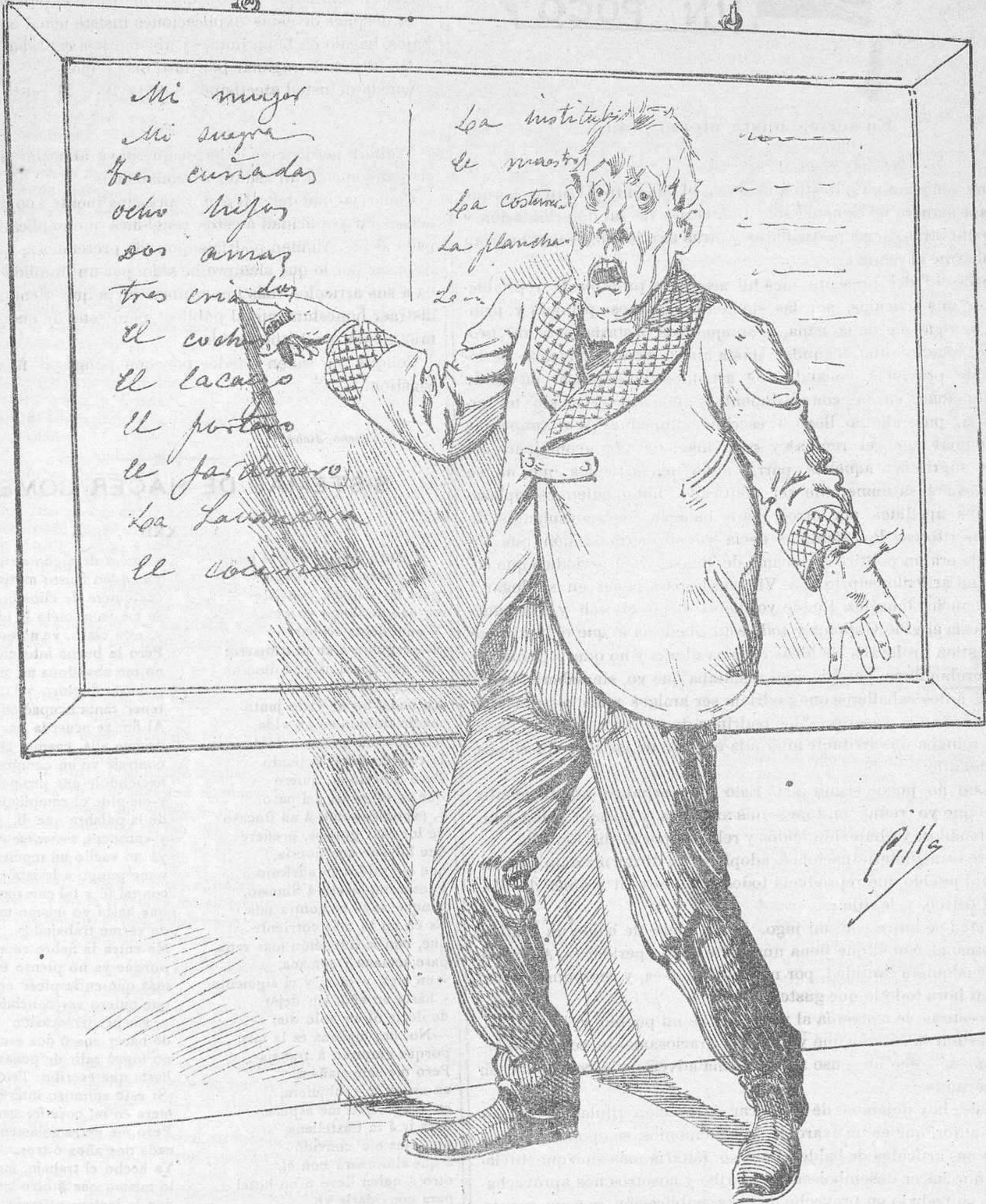


Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

EL NUEVO DON JUAN



«Y lo que él aquí escribió mantenido está por él.»

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, XXII, por Eusebio Sierra.—Cuentas galanas, por Miguel Ramos Carrión.—Ingratitud, por José Estremera.—Miguelito, por Eduardo de Palacio.—No hay más remedio, por Juan Pérez Zúñiga.—Malos consejos, por Sinesio Delgado.—Cuentos de un minuto, por Alejandro Larribiera.—La herencia, por Rafael Torromé.—Humoraditas, por Federico Canalejas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: El nuevo don Juan.—Un descubrimiento prodigioso.—Anuncios, por Cilla.



En serio... hasta cierto punto.

Sr. Director del periódico...

Muy señor mío: Contesto á usted en el MADRID CÓMICO porque de esta manera no es usted solo á enterarse de mi determinación y me evito otras cartas particulares y otras explicaciones que habrían de robarme el tiempo.

Desde 1.º del presente mes he acordado prohibir la reproducción de mis artículos, por las siguientes razones: primera y principal, porque me da la gana, y aunque ésta bastaría para mi propósito, añadiré una segunda: Hasta ahora venían muchos periódicos de provincia copiando mis artículos sin expresar de dónde los tomaban, sin mi consentimiento y muchas veces sin mi ortografía, pues alguno llegó á escribir «impugne» por «impune», «la reuma» por «el reuma» y «convinación» por «combinación.» Otros suprimían aquellos párrafos de mis artículos que no se ajustaban á su manera de ser política, y hubo quien reemplazaba unos apellidos por otros, para halagar los sentimientos de sus suscritores. Por ejemplo: decía yo en cierta ocasión que Villaverde era un político de harina de linaza, y el periódico que copiaba mi artículo suprimía á Villaverde para poner en su lugar á D. Venancio González. Donde yo había dicho «Bosch y Fustegueras» decía él «Pío Gullón,» y todo esto obedecía á que el periódico en cuestión profesaba las ideas conservadoras y no quería molestar á sus prohombres; pero de aquí resultaba que yo, sin saberlo, había aludido á dos caballeros que podrían ser amigos míos ó quizás mis parientes ó mis caseros ó los padrinos de mi boda. En fin, hasta ahora reinaba una irritante anarquía en esto de las reproducciones, y yo me dije:

—Esto no puede seguir así. Esto me perjudica notablemente, puesto que yo reúno en tomos mis artículos, y cuando salen á luz coleccionados, ya han sido leídos y releídos por media España.

Entre otras determinaciones, adopté la de dirigirme á un periódico de mi pueblo que reproducía todos los lunes mi crónica de MADRID CÓMICO, y le dije:

—Usted se nutre con mi jugo. Usted tiene de balde un trabajo mío semanal, con el que llena una parte de su periódico. Abóneme usted cualquiera cantidad, por modesta que sea, y reproduzca usted en buen hora todo lo que guste.

Pero esto no le convenía al periódico de mi pueblo, y lo que hizo fué suprimir la sección que yo llenaba graciosamente con mi trabajo, y no sé cómo no puso además una advertencia concebida en estos términos:

«Desde hoy dejamos de publicar la sección titulada ***, porque su autor, que es un avaro de mil demonios, se opone á que copemos sus artículos de balde. ¡Pues no faltaría más sino que tuviésemos que hacer desembolsos! Él escribe y nosotros nos aprovechamos de su trabajo en provecho de esta publicación, porque cuanto menos dinero nos cueste, mejor para la casa.»

Ha habido otro periódico que se dirigió á mí pidiéndome un tra-

bajo semanal inédito y ofreciéndome una cantidad insignificante que yo no quise aceptar. Entonces el director del periódico me escribió diciendo:

«¿Conque no quiere usted escribir por la suma que le he ofrecido? Pues bien, copiaré de los periódicos de Madrid el artículo de usted que más me agrada, y la empresa economizará dicha suma.»

Y así fué: cada lunes y cada martes aparecía mi firma al pie de algún artículo copiado de *El Imparcial* ó del MADRID CÓMICO, y yo me tiraba de los pelos silenciosamente.

En Barcelona hay un semanario con monos que se dedica á copiar poco á poco mi libro *Titirimundi*, y á mí me escribió un librero de allí quejándose de este abuso, que perjudicaba á la venta del libro, pues muchos lectores pensaban:

—¿Qué necesidad tengo yo de adquirir el tomo, si me lo van dando en dosis los periódicos locales?

Ya sabe usted, señor director, las razones que tengo para estampar al pie de mis artículos las palabras *Prohibida la reproducción*. Para el que no esté en antecedentes podrá parecer pretenciosa la advertencia, pero yo de lo que trato es de defender esta pobre propiedad literaria que poseo y que constituye el pan de mis hijos.

Si después de estas explicaciones insiste usted en copiar mis trabajos, hágalo en buen hora... y abóneme la cantidad que crea justa.

No hemos de regañar por duro más ó menos.

Queda de usted afectísimo S. S. Q. B. S. M., etc.

* * *

Y ahora perdóneme el lector que haya abusado de su paciencia, ocupándome en un asunto personalísimo.

Como yo me debo al lector principalmente, no he considerado ocioso dar publicidad á estos renglones que explican la nota estampada al pie. Alguien podría suponerla pretenciosa, y ante todo quiero pasar por lo que siempre he sido: por un humilde escritor que no da á sus artículos más importancia de la que tienen y se limita á distraer honestamente al público; pero esto de que me usurpen lo mío me da muchísima rabia.

Conque ya saben ustedes por qué pongo al final la notita en cuestión.

LUIS TABOADA.

(Lo dicho, dicho.)

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

XXII

Cuanto más le doy al tema, más y más se me resiste, pues mi sistema consiste en que no tengo sistema. Y aquí debía acabar. Se pregunta á un pordiosero: ¿En qué gasta usted el dinero? Y como ha de contestar: En nada; no he visto junto medio doblón en mi vida, hay que dar por concluída la conversación al punto. Pero Sinesio no quiere que se salga así del paso, y, exponiéndome á un fracaso de los más gordos, prefiere que hlvane una poesía, que me saldrá un adefesio... Pues complaceré á Sinesio, aunque vaya en contra mía. Es en mí lo más corriente que, con la intención más sana, pase semana y semana, y un mes, y otro, y el siguiente, y hasta un año, sin dejar de decir ni un solo día: —No, no; mañana es la mía, porque empiezo á trabajar. Pero me sale mañana un asuntillo cualquiera, un amigo que me espera para ir á la Castellana, otro que me convidó á que almorzara con él, otro á quien llevo á un hotel para convidarle yo, el partido en que conquista un *pelotari* su fama, el estreno de algún drama,

el *debut* de algún artista, y con tan fausto motivo, cualquiera de ellos que sea, se me va al cielo la idea y, está claro, ya no escribo. Pero la buena intención no me abandona un momento, y hasta deploro y lamento tener tanta ocupación! Al fin, se acuerda una empresa de que allá, cuando Dios quiso, contraje yo un compromiso haciéndole una promesa, y me pide el cumplimiento de la palabra que di, y entonces, *volviedo en mí*, ya no vacilo un momento, y me pongo á la labor con tal fe y tal entusiasmo, que hasta yo mismo me pasmo de verme trabajador. Me entra la fiebre en seguida, porque ya no pienso en nada más que en la pieza empezada, que quiero ver concluída, y, sin perder ocasión de hacer una ó dos escenas, no logro salir de penas hasta que escribo: Telón. ¡Si este animoso interés fuera en mí cosa frecuente!... Pero me entra solamente cada dos años ó tres. Ya hecho el trabajo, me pasa lo mismo que á otro cualquiera: doy la lectura primera á la gente de mi casa, á quien suele no gustar; la segunda, al empresario;

y á recorrer el calvario
del autor que va á estrenar.
A padecer y á sufrir,

hasta que el público justo
me da un tremendo disgusto,
si no me quiere aplaudir.

EUSEBIO SIERRA.

CUENTAS GALANAS

Me dió una cita Pilar,
y yo, loco de contento,
conté seguro el triunfar;
pero fuf, me contó un cuento...
y pare usted de contar.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

INGRATITUD

I

—¿Cuándo vendrá el Amor—decir solía
la hermosa Rosalía,—
ese dios de la dicha y los placeres
que pasa por la tierra
armando dulce guerra
entre hombres y mujeres?
¿Cuándo vendrá ese niño venturoso
á perturbar mi indiferente calma
prendiendo cauteloso
oculto fuego en que se encienda el alma?

II

Yendo un día camino de la fuente,
encontró Rosalía un rapazuelo
que sentado en el suelo
miraba de un arroyo la corriente.
—Quién eres, criatura?
la muchacha le dijo
mirándole extasiada con ternura.
—Yo soy quien tú deseas
ver llegar como nuncio de ventura.
soy el Amor.

—Amor! ¡Bendito seas!

Y ¿qué haces ahí sentado
sobre la arena que tu cuerpo hierde?
—Hace tiempo que estoy desocupado
y pobre y sin hogar y abandonado
porque nadie me busca ni me quiere.
—Yo te quiero.

—Pues llévame contigo.

—¿Y si acaso mi madre no me deja?
—Tu madre sé quién es. La pobre vieja
hace ya tiempo se entendió conmigo.

III

Fué á vivir el rapaz con Rosalía,
y Juan, que era un real mozo,
á la niña miró desde aquel día
con indecible gozo.
Después la niña y Juan se idolatraban,
y los dos, contemplándose en el niño,
como era cariñoso, le mimaban
volviéndole cariño por cariño.

IV

Se casaron después y ¡caso extraño!
al niño, que hasta entonces fué su apoyo,
antes que trascurriera el primer año
le plantaron en medio del arroyo.

JOSÉ ESTREMEIRA.

MIGUELITO

Así como en escritores y en artistas, y en políticos y en generales y en particulares y en mujeres hermosas, hay épocas de esplendor y épocas de aspiraciones ignoradas y de decadencia, así ocurre entre los vendedores.

Mujeres de moda, sombreros y levitas de moda, típles ídem, tenores, chicos poetas ó por donde tiren, según el género, hay siempre.

Y lo mismo hay vendedores ambulantes que se popularizan y llegan á ser como el reloj ó como el termómetro del vecindario.

—Cuando pasa el requesonero son las doce de la mañana.

—¿Y el de los camarones?

—A las seis de la tarde.

El vendedor ambulante de zapatillas de abrigo anuncia el frío, como las avellaneras y las propagandistas de acerolas.

El expendedor de ruedos, que parece, cuando pregona su mercancía, que consulta al país, atestigua la estación de los fríos:

—¿Rueeedo?

Y algún transeunte, particularmente algún chiquillo, suele contestarle:

—Ruede usted, hombre, sin cortedad.

Pero así como todo se reforma y modifica, el coro de vendedores ambulantes sufre también alteraciones.

Un tenor, ó un bajo, ó un barítono nuevos.

Como entre ellas: una tiple ó una *baja* ó una *maritornes* ó una *soplano*.

Entre los vendedores de Madrid ha caído un andaluz expendedor de bollos de aceite.

Un tal *Miguelito*, como él se llama, que en poco tiempo es más conocido que Eguilior, supongamos.

¡Cómo pregona los bollos de aceite!

Le habrán oído ustedes.

No es un vendedor, es un Tamagno reducido ó con otra letra al alcance de las *masas*.

—¡Ya está aquí Miguelito, niñas! Vocea con una gracia... y adornándose con florituras.

No es un pregón lo que suelta; es una romanza de Wagner en aceite.

Sinnúmero de chicos de buenas familias esperan la salida del Miguelito, con verdadera ansiedad, para corearle y admirar sus dotes artísticas.

¿Pues y muchachas?

¡Ah! ¡Los corazones que habrá partido á estas horas con el dulce acento de su voz melodiosa!

Así se explica que venda de diez á doce mil bollos de aceite cada noche, en un par de horas de paseo por el centro de Madrid.

Esto da la medida del número de zampatortas que hay en la capital y el número de almas sensibles á la seducción de una voz limpia y *pastosa*.

¡Pero qué estragos ocasiona y qué salero el de ese Miguelito!

Que no sé qué vamos á hacer los vecinos humillados.

EDUARDO DE PALACIO.

NO HAY MÁS REMEDIO

(CARTA Á SINESIO DELGADO DESDE LA SECRETARÍA
DEL SEÑOR MINISTRO DE ULTRAMAR)

Perdona, amigo Sinesio,
que ya, desde esta semana,
me abstenga de remitirte
los versitos de ordenanza.
No es que el dengue ni el moquillo
me retengan en la cama,
aunque es lástima estar bueno
mientras duran las heladas.
Es que Dios me ha deparado
por jefe al señor de Maura,
hombre activo como hay pocos,
con un talento que pasma,
é ilustre no sólo en toda
la extensión de la palabra,
sino en toda la extensión
de los dominios de España.
Pero tiene un defectillo,
pues al fin es *obra humana*
(que aunque le hizo Dios, en ello
también anduvo Sagasta).
¿Sabes qué defecto es ése?
Pues, hijo, que se levanta
del lecho todos los días
á las seis de la mañana.
Va á las ocho al ministerio
y á mí me hace estar en danza
desde que cruzan las burras
de leche calles y plazas,
hasta que ya es hora de irse
á ver una pieza á Eslava.
Y esto no es que yo me queje,
ni mucho menos, ¡caramba!
Lo digo para que sepas
que no puedo escribir nada
para ti; que aquí encerrado
y á la sombra de la paga
paso la flor de mi vida;
que aquí estoy entre una carga
de cartas y de volantes
desde que clarea el alba;

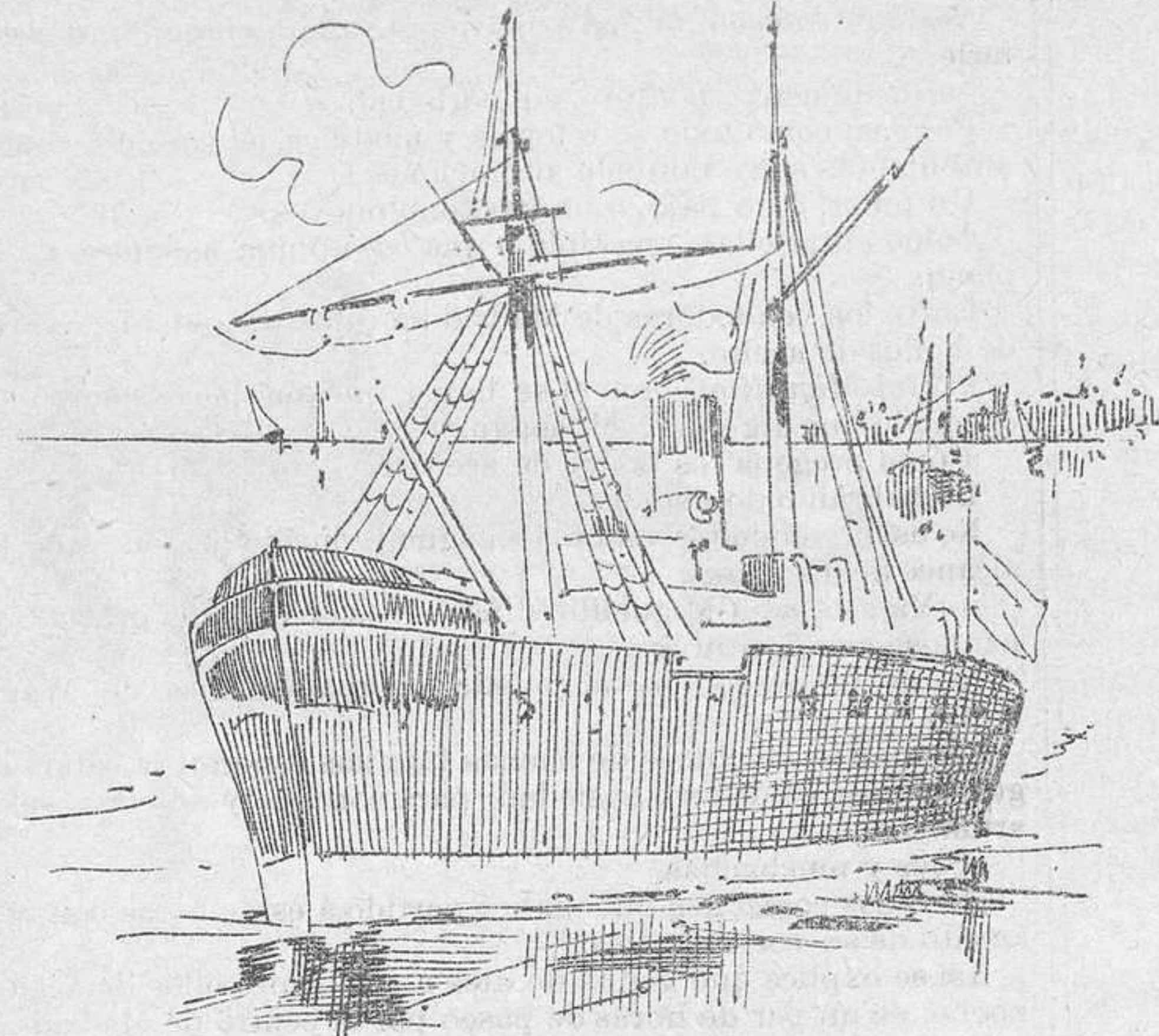
que aquí almuerzo mis *bisteques*
con Luceño... y con patatas,
y aquí me coge la noche,
y no me traigo la cama
porque á las ocho ó las nueve
doy una vuelta por casa,
donde me quedo dormido
debajo de una butaca.
¡Y cómo encuentro á mis nenes!
¡qué crecidos! No, no es guasa.
¿Querrás creer que ya apenas
me conocen mis criadas?
Lo que siento es que mi esposa,
que es muy buena, aunque algo chata,
al ver este simulacro
de divorcio, está escamada
y algunas veces me dice:
«¡Quí! Lo que es tú no te pasas
diez horas en la oficina
poniendo notas y cartas;
tú tienes algún *arreglo*
y el ministro es la pantalla.»
¡Yo *arreglo*, y no tuve nunca
vida más *desarreglada*!
En fin, con estos disgustos
y el trabajo que me mata,
y el gemir de los cesantes
que se mete por el alma,
me voy quedando tan flaco
que—no lo tomes á chanza—
se me notan las costillas
por encima de la capa.
¿Que te ocasiono perjuicio,
por más que no te hago falta?
Pues llámame y por teléfono
pégame dos bofetadas;
pero versos no los pidas,
porque he cerrado la fábrica
y no escribo más que prosa
para don Antonio Maura.

JUAN PÉREZ ZÚNIGA.

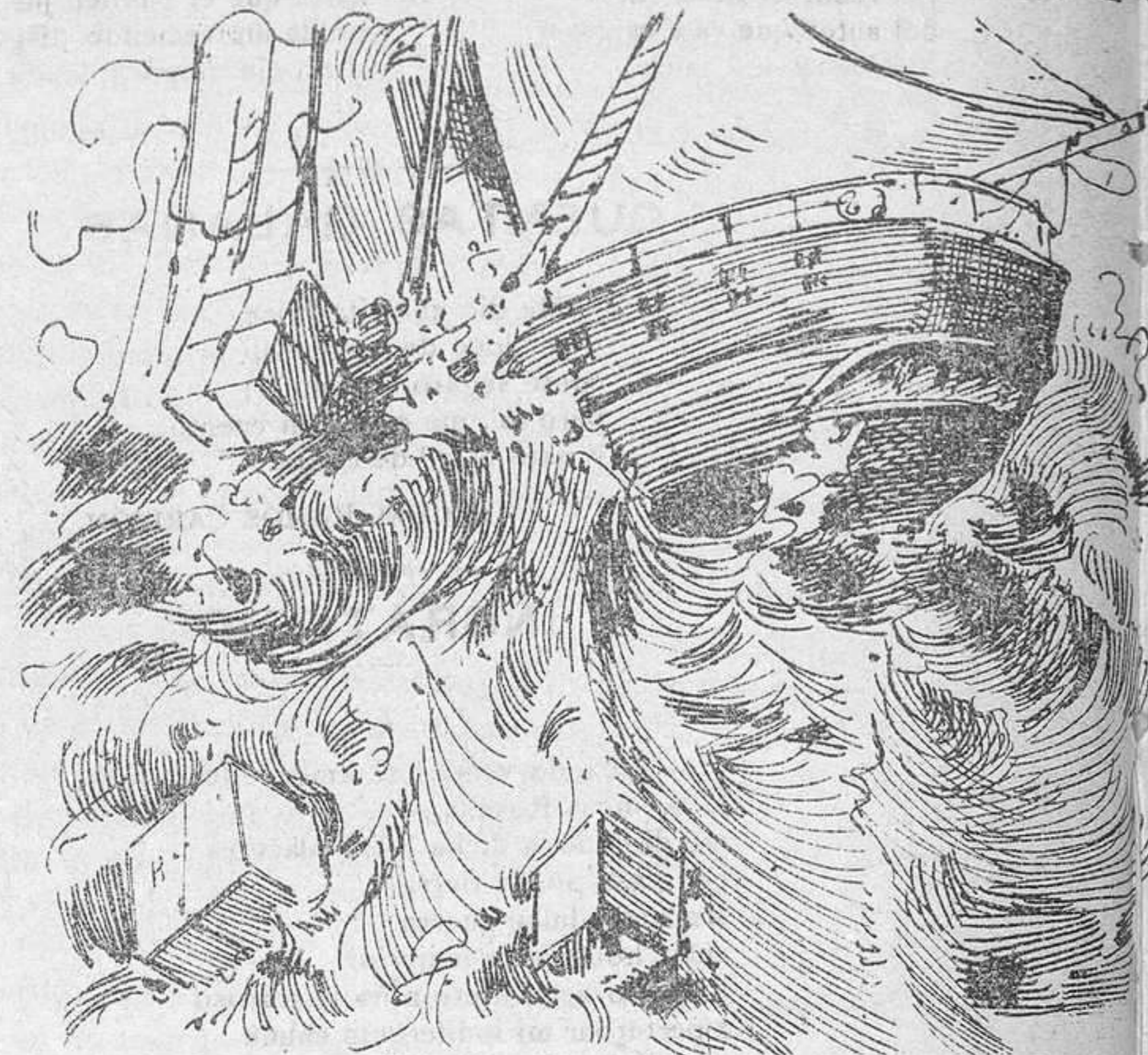
MALOS CONSEJOS

¿Qué te pasa, Ventura? ¿Que te olvida
tranquilamente la mujer querida?
Tú has tenido la culpa, no la ingrata
que falta á su promesa
de amor eterno, y al faltar te mata.
¡La femenina condición es ésa!

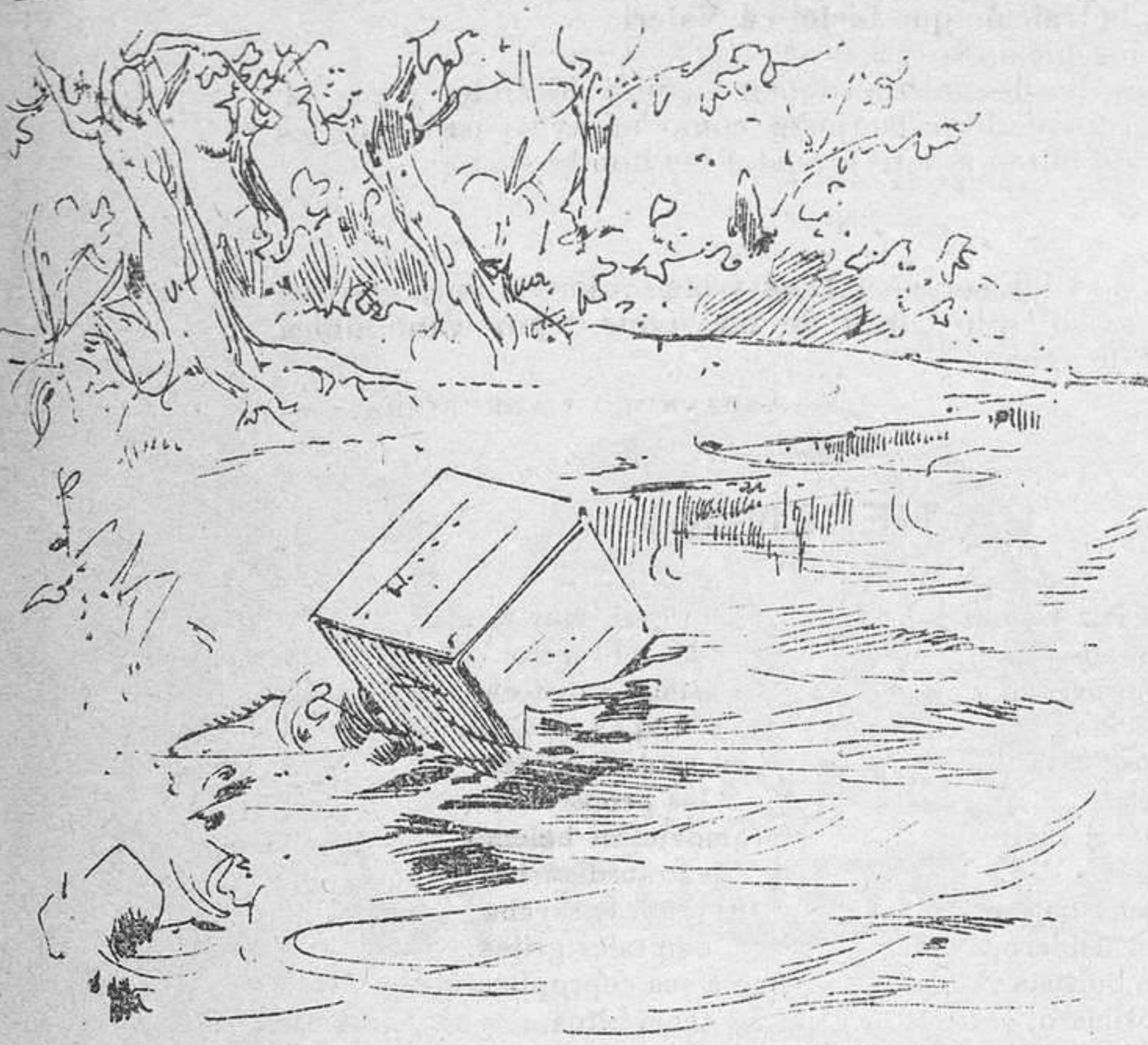
UN DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO



Pues señor, es el caso que salió de Marsella para las Indias un hermoso barco mercante.



Y sorprendido en alta mar por una tempestad, los de á bordo tuvieron que aligerarle de peso arrojando la mitad del cargamento al agua.



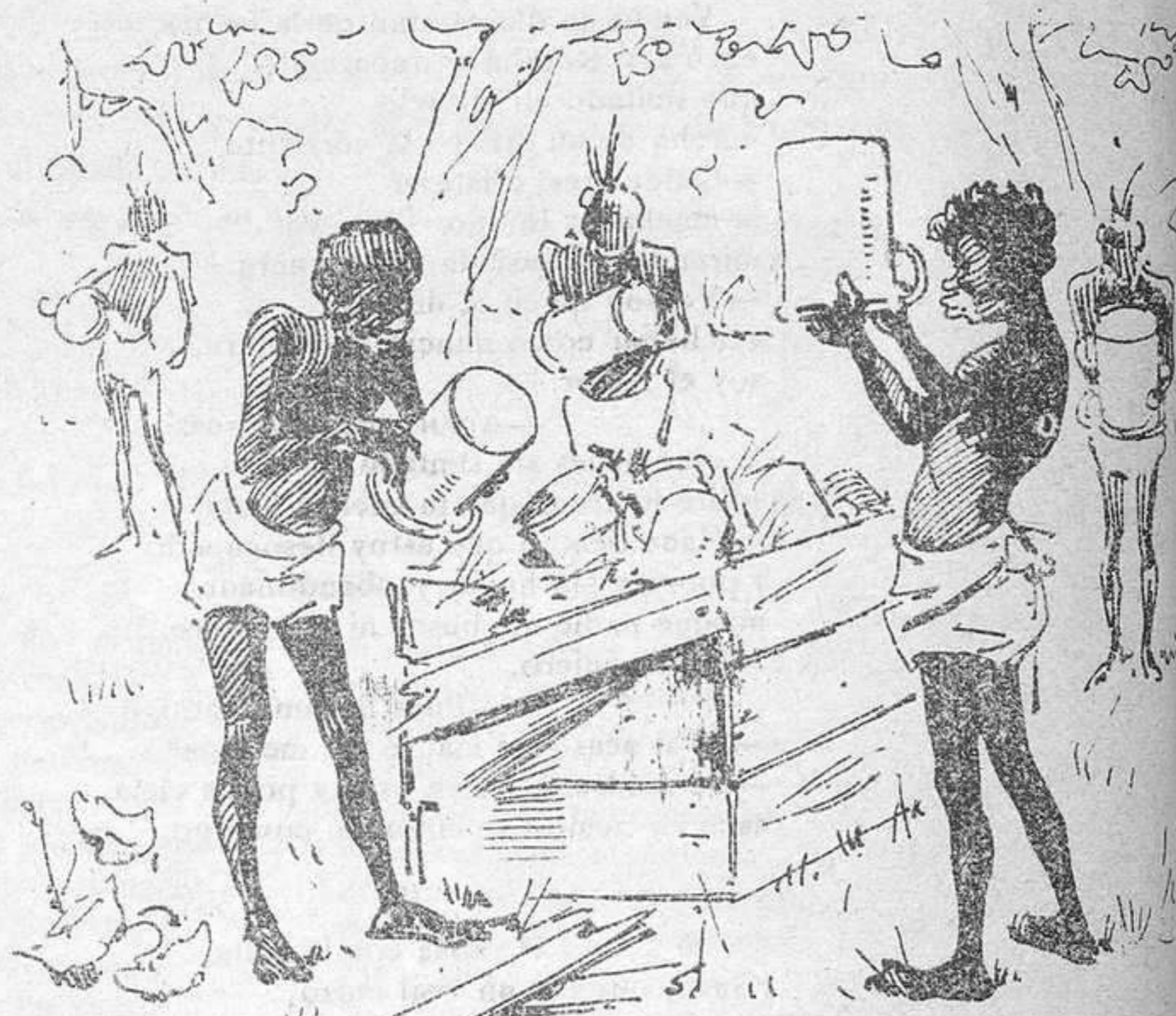
Pasaron días, meses y años, y una de aquellas cajas fué arrojada por las olas á la playa de una isla no descubierta.



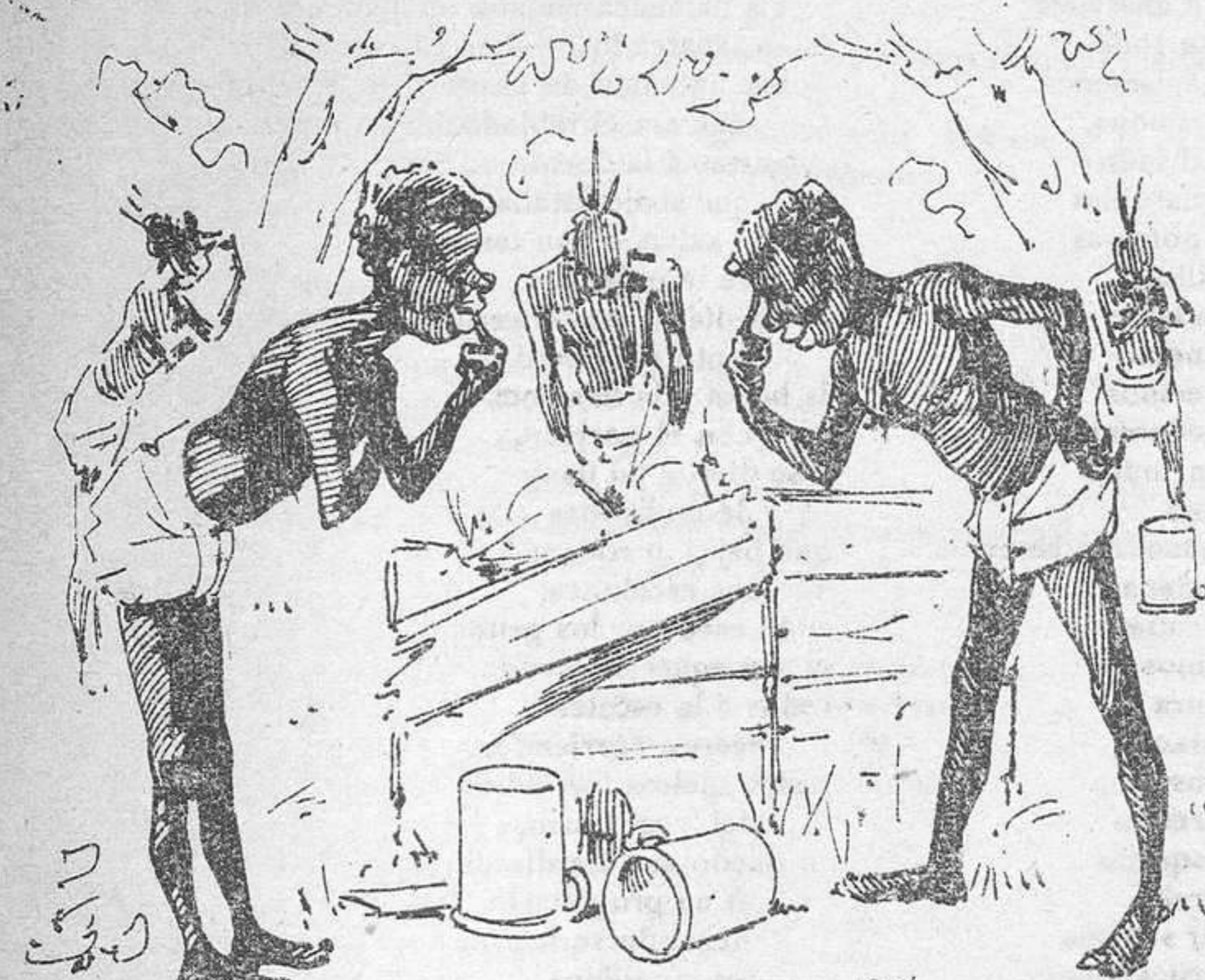
Donde se la encontró un salvaje que inmediatamente echó á correr, loco de alegría, á dar la noticia del hallazgo.



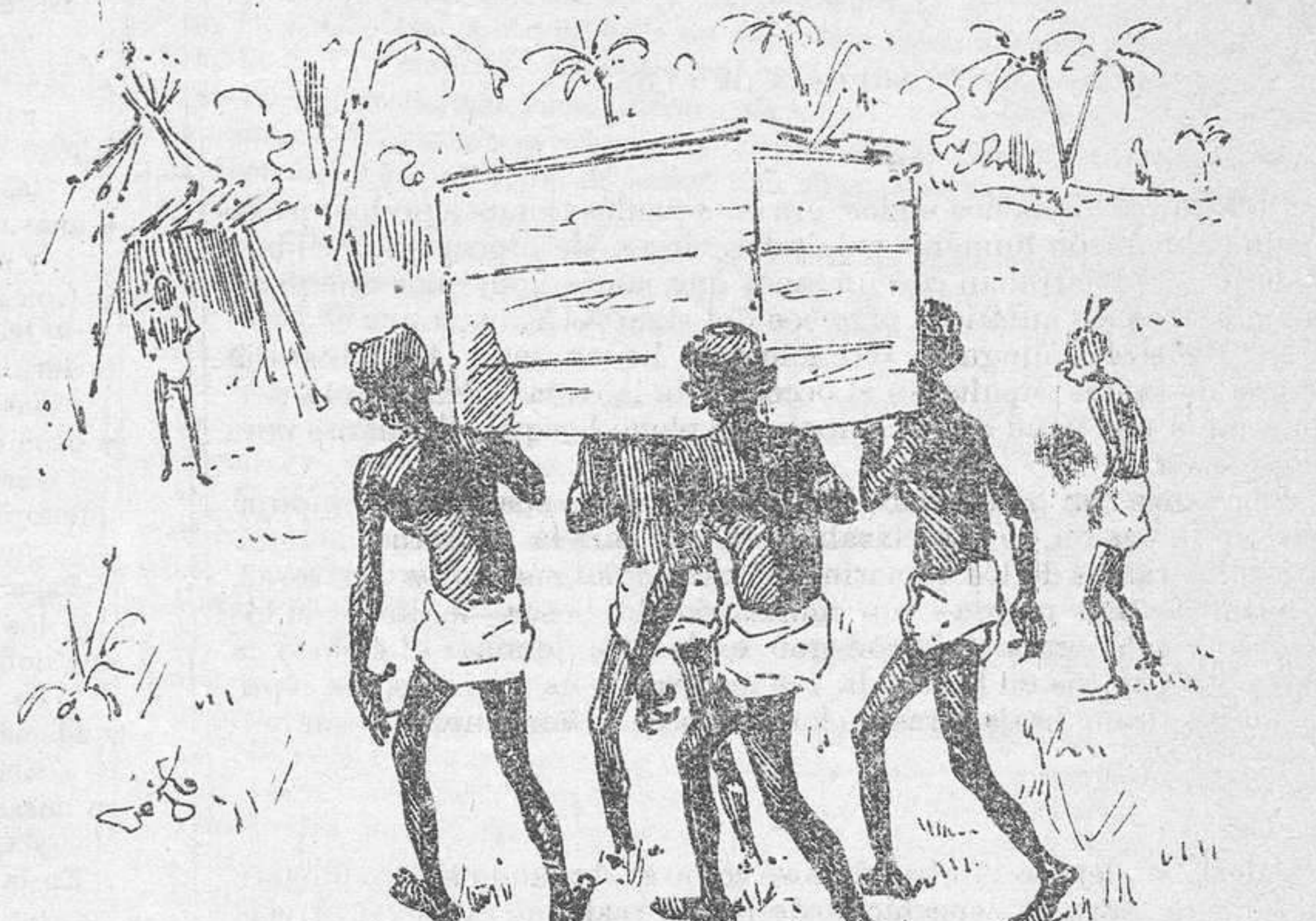
Pronto acudieron los más ambiciosos que, con la esperanza de una buena presa, empezaron á hacer astillas la caja.



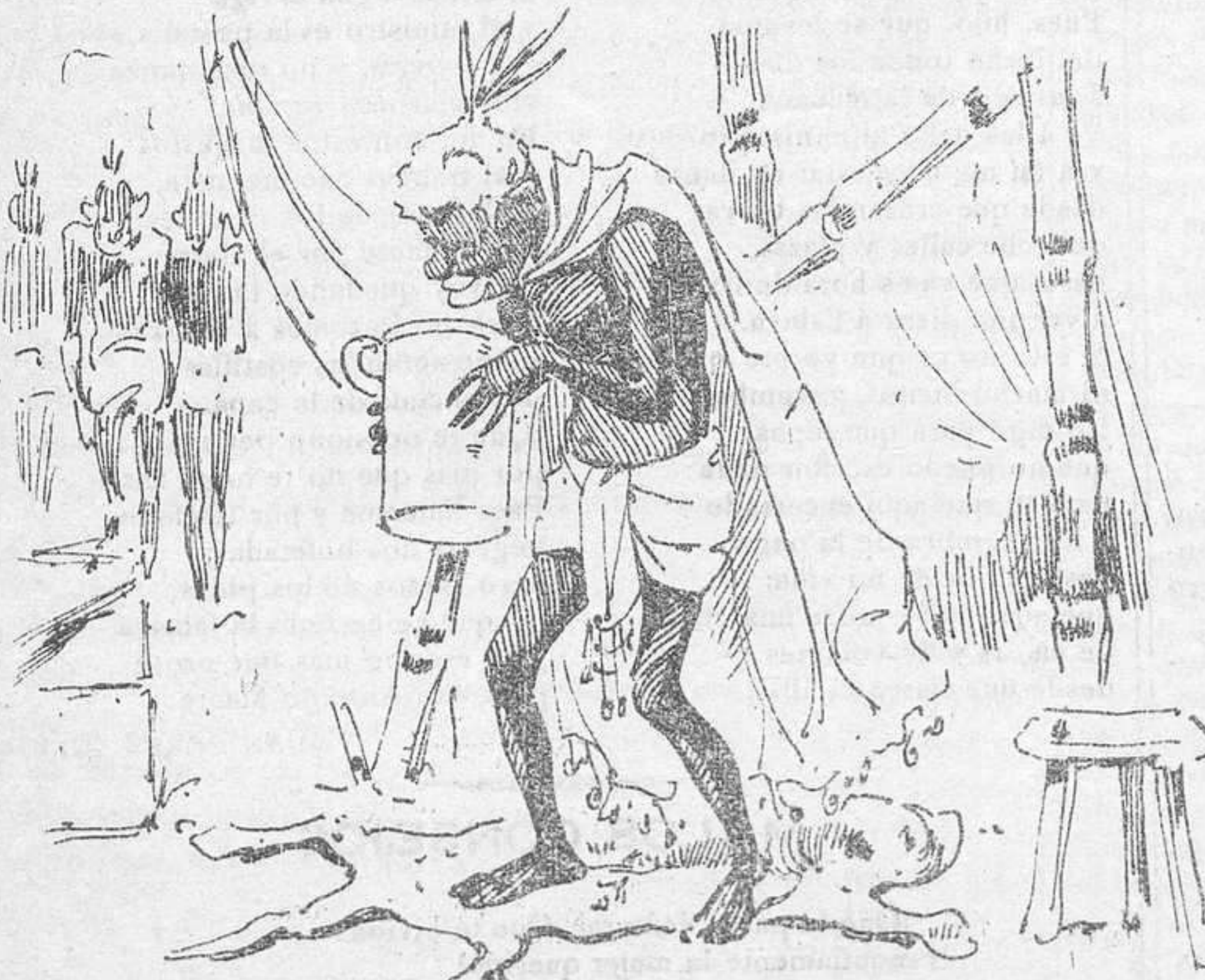
Pero ¡ay! no contenía más que unas cuantas docenas de objetos... de cuyo nombre no quiero acordarme.



Y aquí empezaron las vacilaciones y las dudas. ¿Para qué serviría aquello?



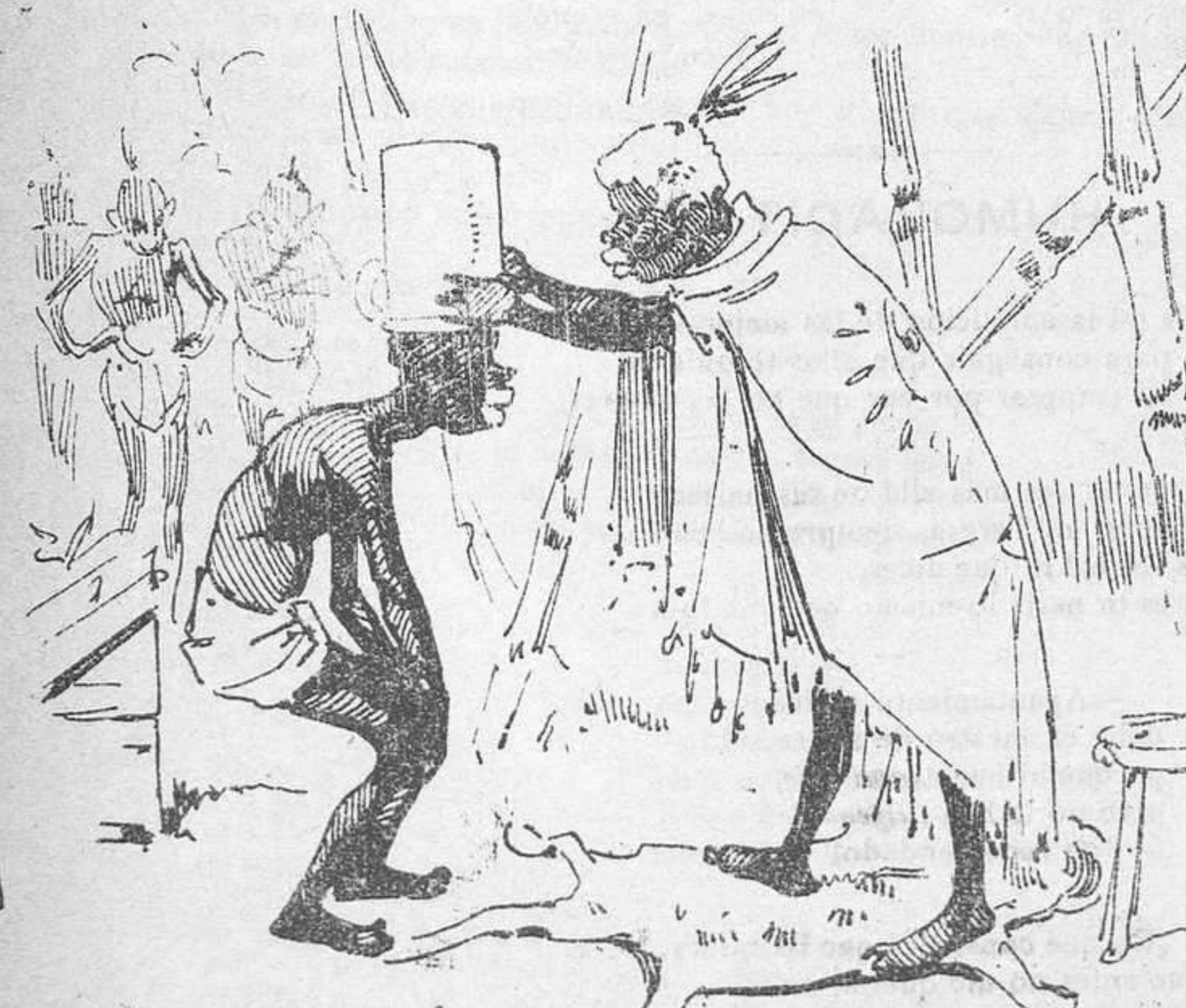
En vista de que nada sacaban en limpio, acordaron consultar el caso con el jefe de la tribu, anciano de gran experiencia y saber profundo.



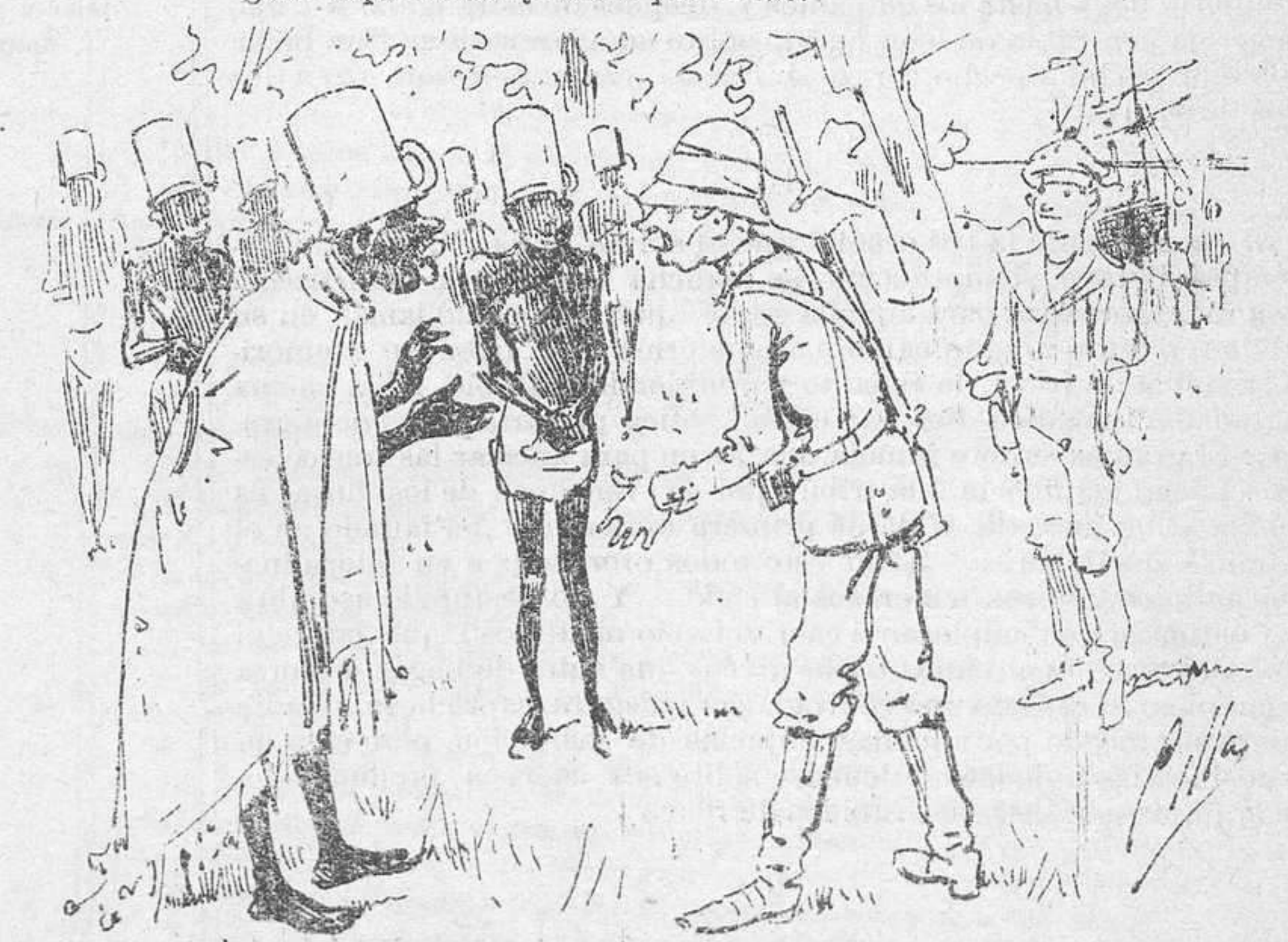
El cual jefe, después de examinar con la debida atención uno de aquellos objetos...



lo pensó detenidamente, demasiado detenidamente.



Y resolvió, por fin, que aquello no podía servir para otra cosa que para ponérselo en la cabeza.



De ahí arranca la invención de los sombreros de copa.

¿No te amó alguna vez? ¿No hubo momento en que, embriagada de pasión, cayera vencida por el dulce desaliento confesándose tuya toda entera? Pues ¿por qué no lo fué? ¿Porque el pecado repugna al hombre honrado, y creíste tal vez, pobre Ventura, que vencido aquel rapto de locura serías más querido y admirado? ¡Pues toma el pago ahora en la inquietud mortal que te devora! En esas luchas del amor ardiente, cuando el deseo comprimido estalla, nada más conveniente que olvidar el honor, y ser canalla. Porque acaso tu dueño pensaría tomar la indignidad por travesura y tal vez á estas fechas te querría con mayor devoción y más ternura, mientras que de este modo nada consigues y lo pierdes todo. En tanto que ella en tu dolor se goza, esa pasión maldita que te abrumba, te enerva y tedeastroza, hasta la eterna salvación te quita. Y hartos, á la postre, de tragar veneno por todas partes hallarás el palo: Dios el castigo te dará por malo, y ella te priva de su amor por bueno.

SINESIO DELGADO.

CUENTOS DE UN MINUTO

LÁGRIMAS DE ULDA

I

De esto hace muchos siglos: era en aquellos tiempos prehistóricos en que el corazón humano palpitaba virgen de hipocresía... Ulda y Valerio se idolatraban con un amor que jamás podremos imaginarnos nosotros los enfáticos pigmeos del siglo XIX.

No registréis ninguna «cronología.» Es en vano. Esta historia es una de tantas sepulta en el oceano de la vida... Mis héroes pertenecían á una tribu que acampaba en pleno bosque. Es cuanto puedo precisar.

Amábanse con paradisiaca inocencia. Cuando sus brazos, empujados por la pasión, se entrelazaban en una caricia voluptuosa, agitábanse las ramas de los tamarindos, inclinaban sus tallos las rosas, deslizábase más rápida—con murmurio de besos—la linfa de los arroyos y colaboraban de consuno en la obra de amor el cielo y la tierra: los pájaros en la fronda, los leones en sus guaridas, los reptiles en las resquebrajaduras de los peñascos... Ciertamente... ¡un hermoso idilio!

II

Valerio se detuvo tambaleándose como si el mundo se desquiciara de repente... Era un espectáculo de brutal realismo el que se ofrecía á sus ojos... Ulda abrazaba á otro hombre... Las tintas del anochecer llegaban hasta el fondo de la cueva iluminando opacamente aquel sarcasmo... Los besos, como gnomos alocados, danzan estrellándose contra la agreste bóveda.

Valerio llega hasta los culpables y, después de estrangular á Ulda, se arroja con rabia de león herido sobre su adversario... Una lucha horrible, pecho á pecho, brazo á brazo... Valerio cae muerto á los pies de su rival...

III

Al día siguiente la tribu nota que el sol no brilla y que el cielo—siempre diáfano, siempre azul—se mancha con un velo blancuzco... cosa extraordinaria para aquella gente, que no conoció jamás en su cálido territorio ningún cambio atmosférico... La tribu se atemoriza, tiembla de frío y de espanto y, reuniéndose al pie de la encina sagrada, entona á su dios una estrambótica plegaria pidiéndole gracia... El gran sacerdote inmola una joven para aplacar las iras celestes... Luego manifiesta á la tribu que la venganza de los dioses es debida al perjurio de Ulda, la primera mujer que ha faltado en el mundo á sus deberes... Al oír esto todos prorrumpen en interminables aullidos y miran temerosos al cielo... Y con estúpido asombro ven entonces que empiezan á caer del velo misterioso que cubre el azul del firmamento unos copos níveos que antes de llegar á tierra ejecutan en el espacio una contradanza insegura, caprichosa... Nadie quiere ser tocado por aquellas hojuelas de maldición, pero esto no es posible: las hojuelas detienen sobre sus cuerpos, produciéndoles la impresión de besos rápidos de fuego.

IV

El consejo de ancianos, creyendo interpretar la verdad del fenómeno y después de una magna deliberación, hizo saber á la tribu que aquellas hojas frías que se deshacían al chocar contra la tierra

eran lágrimas de arrepentimiento de Ulda, que purgaba en el mundo de los espíritus la traición que hiciera á Valerio.

Y añadieron los ancianos:

—Mientras los dioses no la perdonen seguirá llorando, y sus lágrimas seguirán cayendo á la tierra como un aviso para que las demás mujeres no falten á la fe jurada á los hombres...

V

Las lágrimas de Ulda serán eternas y las mujeres nunca crearán ver en ellas un aviso: sólo copos de nieve que dejan como única huella una gota de agua...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

LA HERENCIA

Testó doña Paz Gómez de Palominos en favor y en provecho de sus vecinos, y de la hermosa casa que poseía á cada uno dió el cuarto donde vivía. Toda la planta baja legó á un tendero, en favor de un bolsista dejó el primero, el principal á un químico sabio y profundo, y á un tenor de zarzuela dejó el segundo. El tercero á una vieja muy santurróna, el cuarto á una flamenca guapa y jamona, y legó de igual suerte las dos guardillas á unas mozas gorreras y modistillas. Con la agradable nueva del testamento tuvieron los vecinos tan gran contento, y promovieron todos tanta jarana, que á poco echan... la herencia por la ventana. Pagaron el entierro los inquilinos á la noble señora de Palominos, y además se gastaron siete mil reales en misas, en esquelas y en funerales. En la primer semana no hubo cuestiones, y hasta se hablaban todos por los balcones; pero, al mes, la flamenca ya pretendía dejar á un primo suyo la portería.

Á lo cual, muy furioso, dijo el torero que estaba satisfecho de aquel portero; y, en esto, divididos los propietarios, promovieron belenes extraordinarios. El tenor ensayaba con tales gritos que á sus copropietarios tenía fritos, y si el rumor oía de una protesta, replicaba cantando: Mi casa es ésta. La flamenca bailaba zapateado sobre un cajón de pasas que era el tablado, mientras á la devota que abajo estaba, con la salve, algún terno se le escapaba. Un día se encontraron junto al tercero la beata y la flamenca con el portero, y se dieron tal lluvia de mojicones que bajaron rodando los escalones. Al escuchar los gritos y aquel estruendo, todos á la escalera fueron corriendo; y allí, sueltos los odios del vecindario, no quedó sin mordiscos ni un propietario. Renegando se fueron los inquilinos de la señora Gómez de Palominos. ¡Y para esto gastaron siete mil reales en misas, en esquelas y en funerales!

RAFAEL TORROMÉ.

HUMORADITAS

Es tal la condición de las mujeres, que para conseguir que ellas te quieran han de empezar por ver que no las quieres.

Que no ves más allá de tus narices me dices, mi Teresa, siempre en broma... y es verdad lo que dices, que es tu nariz lo mismo que una loma.

—Ayuntamiento aplicado debe el nuestro de haber sido, porque lo han examinado, pero no lo han suspendido... —¡Iría recomendado!

¿En qué consistirá que Baltasara, que antes no me quería, desde que ve que me idolatra Clara, no deja de seguirme noche y día?

Que eres gata, Nicanora,
ya lo había conocido;
cuando acaricias, arañas...
hasta el fondo del bolsillo.

Llamáis impertinentes á los lentos.
¡Vosotras sí que sois impertinentes!

Si canta un ruiseñor, cosa es sabida,
lo cuentan los poetas en seguida;
pero si canta un grajo,
no hay un dios que se tome ese trabajo.

FEDERICO CANALEJAS.



Pues señor, no pasan años por nosotros.

El Almanaque ha tenido la honra de parecer de perlas á varios apreciables señores empleados de correos y nos han birlado unos cuantos ejemplares que no iban destinados á ellos precisamente, sino á otras dignísimas personas que los habían pagado con anticipación y á las cuales correspondían de derecho.

Es decir, ha sucedido lo que todos los años y lo que sucederá en los venideros, si Dios no lo remedia.

Pero, en fin, aún debemos agradecerse. Porque se lo enseñarán á alguien y... ¡qué demonio! todo es propaganda.

Y antes que se me olvide.

Todos los suscriptores á quienes hayan faltado algunos números durante el año que acaba de terminar, ó á quienes se hayan extraviado, pueden pedirlos á la Administración, que es rumbosa de suyo, y los remitirá gratis á vuelta de correo.

Porque nuestro deseo es favorecer la formación de colecciones... para que tengan en qué entretenerse las generaciones venideras.

Me hago una cruz en la frente
siempre al escribir los versos,
¡para que me libre Dios
de los malos pensamientos!

A corazón generoso
no hay quien gane á Rosalía:
se le pide cualquier cosa...
¡y no la niega en su vida!

VICENTE DE AYTA.

Un periódico da la noticia de que al señor ministro de Ultramar le molesta un fuerte catarro, y añade:

«Posible es que si en la noche de hoy no sufriera alguna mejoría, tampoco asista al Consejo de ministros.»

¿Sufrir una mejoría?

¿Podía usted haber empezado por decir que el ministro gozaba de un catarro!

Y así se iría lo uno por lo otro.

¿Que al ver tus ojos, Lucía,
te ha hecho cuatro versos Blas?
Eso es poco, vida mía,
¡pues yo te hubiera hecho más!

Cuando veo á la chica
de mi portera
subir por los peldaños
de la escalera,
pido de hinojos...
¡que el Señor me conserve
sanos los ojos!

JOSÉ RODAÑO.

Libros:

Narraciones, preciosa colección de cuentos del eminente autor dramático D. Eugenio Sellés. No necesita ciertamente el autor de *El nudo gordiano* y *Las vengadoras* que nosotros recomendamos un libro suyo. Conocido es como gran estilista, profundo observador y narrador ameno. Sólo es de cuenta nuestra decir que el tomo de *Narraciones* cuesta 3 pesetas. Ahora... el público se encargará de los elogios.

Conferencias culinarias, por D. Angel Muro. Tomo XXVII. El éxito de estas conferencias, sobradamente justificado, se demuestra con el número de tomos publicados hasta la fecha.

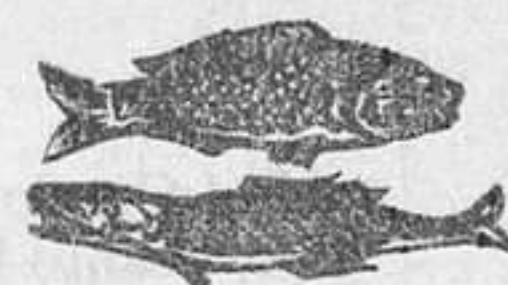
Azucena, juguete cómico en un acto y en prosa, original de D. Joaquín Abati, estrenado recientemente con gran éxito en el Teatro Lara.

Corazón (diario de un niño). Esta lindísima y célebre novela de Edmundo de Amicis, traducida admirablemente por D. H. Giner de los Ríos, ha sido editada de nuevo por la casa de Fernández Lasanta; es un voluminoso tomo ilustrado con infinidad de fotograbados. Precio, 4 pesetas.

El sexto mandamiento, textos ortodoxos de concilios, padres de la Iglesia, etc., recopilados con muy sana intención. Forma este tomo parte de la acreditada biblioteca de *El Motín*. Precio, 2 pesetas.

Plumazos, colección de artículos y poesías de D. Rogelio Triviño. Precio, 2 pesetas.

Memoria leída en la apertura del curso del 91 al 92 en la Sociedad instructiva de maestros carpinteros de Valencia, por D. Vicente Pitarch Mallent.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. G. A.—El soneto tiene muchos versos duros, consonantes forzados y otra porción de defectos de mayor cuantía.

Sr. D. J. G.—Malos sí son, pero no se suicide usted por eso, ¡caramba!

Sr. D. F. C.—Madrid.—No están mal hechos los versos, pero ¡ay! eso no basta. Es preciso que tengan dentro algo.

Cantares.—En cambio usted no versifica con mucha fluidez y corrección que digamos. ¡Qué le hemos de hacer! Eso algunas veces se adquiere con la práctica.

Pepita Piporro.—Ya sabe usted que escojo de las humoradas las que me parecen mejores para agruparlas bajo un mismo título, pero ¡por Dios! cuide usted de no enviármelas repetidas, porque corro el peligro de publicar una dos veces.

El doctor tal.—Venga la firma... aunque ya supongo cuál es.

Sr. D. J. M. R.—Es una imitación, casi copia de Campoamor. Pero ¡ay! está muy mal hecha, ó yo he perdido los papeles.

Sr. D. M. M. y L.—Llama usted soneto á una cosa que no lo es: primero, porque no están aconsonantados como es debido los dos cuartetos, y segundo, porque muchos versos tienen más de once sílabas. Conque... ¡ayúdole á usted á sentir!

Sr. D. M. S. T.—Ese es peor todavía. ¡Mal empieza el año para los sonetos!

Tolstoi.—Buena intención sí tienen, ¡pero ni la buena intención les salva!

Bodajas.—¿Y eso lo remite usted por segunda vez? ¿Y para qué se ha molestado usted, caramba? ¡Si no ha debido usted remitirlo la primera!

Goteta.—Ha querido usted hacer una guasa, y le ha resultado una tontería. ¡Caprichos del hado!

Sr. D. C. P.—Las tres son vulgares. Y yo creo que para sonreír no se fruncen los labios. ¡Al contrario, precisamente!

Constanza.—Esta vez le ha salido á usted *un poquito desigual*, porque no se sabe si eso es romance ó redondilla ó diablos coronados.

Bardo.—Ahí va el principio para que cuente usted las sílabas:

«Quisiera hermosa niña transformarme
por un minuto en pintada mariposa
y extendiendo mis alas presurosa
sobre tu gallardo cuerpo ir á posarme.»

¿A que á usted mismo le parece muy mal todo eso?

Cuatro que escriben juntos.—Y la *hache* que le sobra á ese *cahos* ¡la han puesto ustedes los cuatro? Pues han hecho ustedes un pan como unas hostias.

Badanitas.—¡Recontra! ¡Pues no faltaba más sino que se pudiera publicar eso!

Tontunas.—¡Y que usted lo diga, prenda!

Sr. D. R. M.—Ello mismo lo dice: *Versos para albums*... no sientan bien más que en los albums.

Paco.—¿Larga y mediana? ¡Imposible!

El incansable.—No, ¡por Dios! Todo menos el acróstico. ¡Prefiero un revólver de seis tiros!

H.—No; no se ha perdido. Pero... justamente hace quince días se ha publicado una composición de usted.

El cantaor de Elisa.—De tanto no puedo aprovechar nada.

Sr. D. A. Ch. Ch.—Tengo el sentimiento de decir á usted lo mismo exactamente.

P. Ere. A.—¿Qué quiere usted que le diga? ¡Que se ha formado una sociedad de padres de familia para combatir la inmoralidad, y que le van á echar á usted á presidio si ven eso en letras de molde!

ANUNCIOS



Todo lo que se ha llevado la quiebra del Panamá no vale lo que un frasquito de Colonia Palomar.

Droguería y Perfumería, Fuencarral, 24.



¿Cuál es el sitio más sano cuando nieva ó cuando llueve? ¡La bodega de Medrano, Plaza de Matute, nueve!



Compra un pantalón cualquiera y se le rompe enseguida, pero el mío es de Pesquera... y no se rompe en la vida. Magdalena, 20.



¡No volverás á tener diviesos salva la parte si tomas al acostarte Cognac fino de Moguer! Sobrinos de Guinea.—Carretas, 27.



Cuatro esquinas tiene Cádiz, cuatro tiene Cartagena, cuatro bolos tiene el catre donde duerme mi morena.

(El cual, además de tener cuatro bolos, procede del Bazar de la Plaza de la Cebada, núm. 1.



Del Congo vino Velasco, y en cuanto llegó del Congo se marchó á comprar un hongo de M. García Carrasco. Carretas, 26.

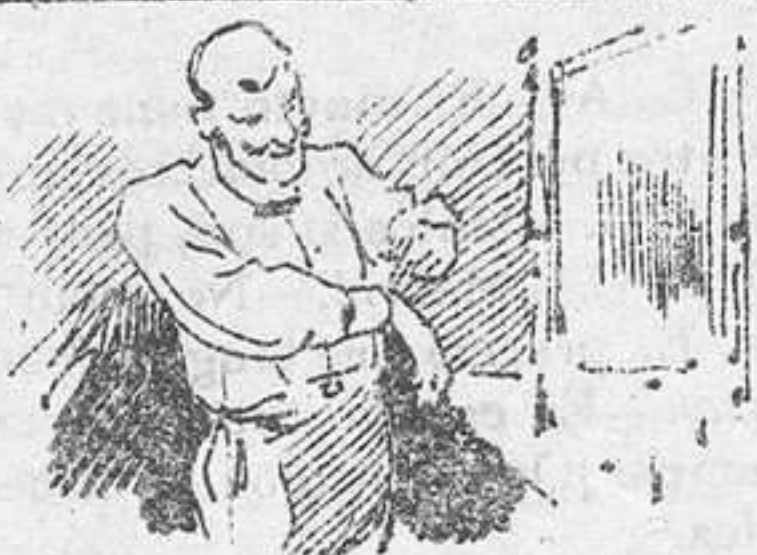


Para buscar acomodo con una doncella pura se necesita, ante todo, limpieza en la dentadura. Tirso Pérez.—Mayor, 73.



Si Sansón hubiera usado la Quina de Palomar, á puñetazos, acaba con toda la humanidad.

Fuencarral, 24. Droguería y Perfumería.



El amor de las mujeres sería constante y firme si durase lo que duran las camisas de Martínez. San Sebastián, 2.



Para instalación eléctrica hay aquí unos aparatos que no los hay en el mundo mejores ni más baratos. Manuel Florentín.—Ballesta, 20.



No puede almorzar Montoto si no ve dos horas antes una colección de fotografías interesantes.

Catálogo 50 céntimos en sellos, dirigi los á The Publishing Office.—Amsterdam.



Tu boca me enloquece. ¡Me sabe igual que aguardiente anisado de El Imparcial! Vicente Lóbez.—Zaragoza.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Biblioteca del MADRID CÓMICO

FÁBULAS Y CUENTOS
por JOSÉ ESTREMERÁ
Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS
por J. LÓPEZ SILVA
Precio: 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA
por SINESIO DELGADO,
dibujos de CILLA.
Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA
Album de cincuenta cartulinas,
encuadernado en tela.
Precio: 25 pesetas.

TITIRIMUNDI
por LUIS TABOADA, dibujos de CILLA.
Precio: 3,50 pesetas.

GUASA VIVA
por J. PÉREZ ZÓÑIGA, dibujos de CILLA,
MECACHIS Y GROS.—Precio, 3 pesetas.